

El periodista contra la historia

Por Óscar Ortega García

“No tenemos otro recurso, sobre la referencia al pasado, que la memoria misma”.

Paul Ricoeur (2004)

A un historiador intransigente le caería muy mal leer a Juan Gabriel Vásquez. Le dolería el alma cuando por sus ojos pase la siguiente frase: “(...) la manipulación de la verdad histórica por parte del novelista conduce a la revelación de verdades más densas o más ricas que las unívocas y monolíticas verdades de la historia” (Vásquez, *El arte de la distorsión*, 2009). Y si después —quizás creyendo nuestro historiador que todo ser humano merece una segunda oportunidad— tiene en sus manos la novela *Los informantes* (2004) es preciso que quien esté a su lado llame con desespero a la clínica más cercana. Es posible que pueda salvarse.

La razón del anterior ejemplo me surge de la trama de la novela, que será, al mismo tiempo, el hilo que guiará este ensayo: ¿si un periodista descubre que la verdad histórica fue manipulada y que sus nuevos datos ocasionarían interpretaciones diferentes, pero al mismo tiempo destaparía dolencias simbólicas ya olvidadas, debería archivar o publicar su investigación? Es decir, ¿el periodista puede cazar una pelea con la historia?

Veamos los indicios. Todo empieza cuando el periodista Gabriel Santoro publica el reportaje *Una vida en el exilio*, sobre los cambios en los estilos de vida que tuvieron que soportar los inmigrantes europeos (alemanes, polacos y austríacos, para ser más precisos) que vivían en Colombia o que llegaron al país una vez finalizó la Segunda Guerra Mundial. El trabajo periodístico se publicó, pero recibió una crítica implacable, escrita por el propio padre de Santoro. En ésta se connota los derechos y deberes que tiene un periodista sobre la escritura de un acontecimiento pasado y alejado en el tiempo.

Aunque no de manera explícita, el padre de Santoro, también llamado Gabriel, sí deja conocer que hay que limitar al periodismo y a su capacidad para percibir, investigar, reportear y escribir sobre acontecimientos ocurridos en el pasado lejano. Además, utiliza una estrategia sensiblera, que acude al supuesto dolor de las víctimas para impedir que el reportaje tuviera cualquier intento de lectura seria y juiciosa, ya que no pudo detener su publicación.

La historia es la siguiente: Santoro obtiene el testimonio de la señora Sara Guterman, que cuenta con detalles los acontecimientos vividos en Colombia durante y después de la Segunda Guerra Mundial, cuando al país llegaron numerosas familias alemanas, polacas y austríacas en busca de una vida lejos de la barbarie. La médula de este relato es la recordación de las “listas negra”, publicadas por el gobierno de Estados Unidos y que

eran distribuidas en diferentes países del mundo. En esos oficios se incluían los nombres de los ciudadanos de aquellos tres países, supuestamente porque impulsaron la causa hitleriana, con el único malsano ánimo de rechazar cualquier participación pública de estas personas, pues sus patrimonios familiares, sociales y económicos eran expuestos en el escarnio público.

El periodista, cercano a la familia Guterman, consigue el testimonio de Sara y decide publicar un reportaje titulado *Una vida en el exilio*, cuyo lanzamiento oficial se lleva a cabo en 1988. Pasan cerca de cincuenta años para conocer la historia que ocultaron esas familias, perseguidas por el mundo, aunque declararan en público no compartir las ideas nazis de Hitler. Por eso, el padre de Santoro, un reconocido profesor universitario, decide escribir una reseña que destroza el reportaje, bajo el argumento de para qué publicar algo que ya el tiempo se había encargado de olvidar.

Dos consideraciones periodísticas salen a flote una vez el catedrático Santoro publica dicha crítica en el suplemento literario *Magazin Dominical*: una, por qué el periodismo se atribuye facultades para revolver el pasado si su labor consiste en narrar el presente. Claro, si el insumo principal de cualquier medio de comunicación es la noticia, que supone la narración de acontecimientos ocurridos en un lapsus no mayor a 24 horas. Y dos, hasta qué punto se compromete la responsabilidad de un reportero que narra una historia cuyos protagonistas prefieren (y deciden) olvidar y que se olvide. Es decir, aquellas facultades también se extienden hasta poder narrar historias olvidadas.

Los periodistas, la noticia y el pasado

Hasta principios de la década de los ochenta, en el siglo XX, el periodismo tenía como definición de noticia todo aquello que sucedía veinticuatro horas antes de la publicación del periódico, aunque también aplicaba para los noticieros de radio y de televisión. Pero fue el magnate estadounidense Ted Turner quien el 1 de junio de 1980, inaugurando su cadena de información continua y televisada, CNN, dijo: “Desde hoy, noticia será lo que esté sucediendo”.

Pero de eso, los periodistas no tienen la culpa. El frenético ritmo de una sala de redacción terminaría por enfermar hasta a un corredor de bolsa. Todo es inmediato, instantáneo, efímero. Quizás sea una excusa, pero los periodistas deben pensar en varios temas el mismo día, llamar y confrontar fuentes, buscar en archivos, consultar expertos y averiguar datos en la Internet. Además, deben ordenar y jerarquizar la información, definir títulos atractivos y encontrar la forma para que el lector no abandone el diario a mitad de camino. Para ello, sabe que tiene que publicar historias interesantes, que representen un valor agregado para los lectores.

De todos modos, buena parte de la población lee periódicos con el único ánimo de informarse sobre lo que está pasando en el mundo. Aún hoy, a pesar de todo y con pesar

de todos, los periódicos conservan una especie de aura de credibilidad, cuestionada en otros ámbitos o medios, pero que en el impreso goza de buena salud. Es decir, la sociedad confía en el periodista de prensa escrita para conocer lo que sucede en su entorno y en el mundo. Deposita en aquel la confianza para iniciar una especie de trato invisible y que tiene como punto de partida a la verdad. La historia del tiempo presente está en manos del periodista y la sociedad aprueba esa designación.

Cuando avanzamos en el reportaje *Una vida en el exilio* y nos enteramos de que los ciudadanos pertenecientes a Alemania, Polonia y Austria sufrieron una terrible persecución social, a causa de su identidad geográfica con los seguidores del Führer, mas no política, aparece la noticia: desconocíamos una situación humana, dolorosa y trágica, por demás, hasta la publicación del reportaje. Es decir, en ese momento, la historia deja de ser pasado y se convierte en un hecho del presente.

Aquí se esboza, entonces, un primer argumento para intentar determinar si el periodismo puede atribuirse la facultad de escudriñar en el pasado. La respuesta, aunque temprana, es sí, siempre y cuando esa labor esté anclada a un hecho relevante para el presente. La intención de remover los sucesos del pasado debe tener una explicación en el presente o, lo que resultaría ideal, debe servir como explicación del presente. Esto es llamado “contexto” por varios historiadores y aparece como un reclamo ante los intentos de los periodistas a la hora de elaborar textos de corte histórico.

Y es a partir de esos intentos cuando desde la academia se impulsan preguntas como ¿por qué puede nombrarse al periodista como poseedor de la memoria reciente? El gran historiador inglés Timothy Garton Ash afirma que el medio natural de la historia del tiempo presente está en los periódicos, debido a sus rasgos similares: “Las virtudes del buen periodismo y la buena historiografía son muy parecidas: la investigación exhaustiva y escrupulosa; la aproximación compleja y crítica a las fuentes; el firme sentido del tiempo y el lugar, la imaginación suficiente para simpatizar con todas las partes; la capacidad de argumentación lógica; la prosa clase y llena de vida”. (Garton Ash, 2000)

Algunos años atrás, el periodista francés Jean Lacouture escribió un artículo titulado “La historia inmediata”, que evidencia los puntos de encuentro entre periodistas e historiadores, aunque también sacó a flote las diferencias sustanciales entre la historia (tradicional) y la historia inmediata o historia del tiempo presente.

El argumento que presenta Lacouture para la existencia de la historia inmediata es similar al de la mayoría de historiadores, que se preocupan en teorizar la historia del tiempo presente. El tiempo frenético en que vivimos desde el siglo pasado, especialmente gracias a la irrupción de los medios de comunicación en la vida cotidiana, parece ser el dispositivo que moviliza a muchas disciplinas a explicar los acontecimientos que suceden:

“Lo que caracteriza al mundo convulso y comunicativo en que vivimos no es sólo que cualquier crisis nos agarre inmediatamente por la garganta (...); lo que lo

caracteriza es que estos acontecimientos sean inmediatamente trasladados a conocimiento de la opinión, desgarrándola y arrojándola en la angustia. Es esta inmediatez de la comunicación la que impone el desarrollo de la historia inmediata, señales de bruma de una sociedad alucinada de informaciones y con derecho a exigir la inteligibilidad histórica próxima”. (Lacouture, 1988)

Así aparece el inmediatezista como un personaje que debe atender esa necesidad social, la de narrar los acontecimientos de los que se es testigo. Esta misión es advertida por los teóricos de la historia del tiempo presente, pero como un reclamo a los historiadores tradicionales, quienes no parecen prestarle atención.

Permítaseme, antes de ligar estos insumos teóricos con la trama de la novela *Los informantes*, continuar con la idea del periodismo y la historia del tiempo presente. El inmediatezista se juega la vida en cada acontecimiento que él presupone tiene un trasfondo que debe ser evidenciado para provocar una reacción, así como su trabajo, también inmediata. Crea, en poco tiempo, una interpretación de lo que está pasando, que, sin duda, está ligada a la relación entre investigador y objeto de estudio. “¿Qué otra cosa hace el “inmediatezista” (...), sino esta cuádruple operación de localización, clasificación, montaje y racionalización, que, a partir de un dato cultural, el suyo, que determina lo mismo la orientación de la investigación que el eje de su interpretación, le hace realizar su obra en una duración especialmente breve?”. (Lacouture, 1988)

Del resultado de la investigación que empieza el inmediatezista van a aparecer reacciones a las que él se debe como autor intelectual, de tal suerte que no conocer el final de los acontecimientos —cosa que sí tienen a su favor los historiadores tradicionales— no debe convertirse en un obstáculo, pues las herramientas que poseen los narradores de la historia inmediata —cronologías, interpretaciones del mismo acontecimiento en otras latitudes, comunicación con testigos y protagonistas, visitas en tiempo real gracias a la Internet y un largo etcétera— bien podrían convertirse en la envidia de sus rivales.

“Lo que garantiza entonces la autoridad crítica es la racionalización de lo fabuloso, la operación que consiste en extraer del acontecimiento, que cambia abruptamente los datos de un juego, los elementos del nuevo reparto de cartas para reanudarlo, hasta el momento en que el desarrollo, ya que no las reglas, se vea trastornado por la apoplejía de un jugador o el descubrimiento de cartas nuevas”. (Lacouture, 1988)

Esta es la situación del periodista Gabriel Santoro. Y aquí empalmo lo que traía teóricamente con la trama de la novela. Sara Guterman decide revelar una carta que ella misma escribió a finales de 1987 y que contenía fragmentos de la vida que llevó el padre de Sara, Peter Guterman, cuando debió huir de Polonia y buscar refugio en Colombia. La misiva era la clave necesaria para enlazar el testimonio de Sara con los acontecimientos históricos. Era la puerta de acceso a una historia aún no narrada, por ende, una historia que no pasó. Pero, a juicio del periodista, “lo más importante de esas

dos páginas era otra cosa: en ellas había la confirmación de que todo aquello podía ser contado, la sugerencia de que podía ser yo quien lo hiciera, y la promesa de esa satisfacción curiosa: darle forma a la vida de los demás, robar lo que les ha pasado, que siempre es desordenado y confuso, y ponerle un orden sobre el papel” (Vásquez, Los informantes, 2009).

La obtención de esa prueba reina le permitió al periodista Santoro atribuirse la misión de narrar la historia, de crearla y volverla perenne. Aquellas dos páginas le permitieron, además, “justificar, de alguna manera más o menos honorable, la curiosidad que he sentido siempre por cada emanación de los cuerpos ajenos (desde las ideas hasta la regla) y que me ha llevado, por una especie de compulsión interna, a violar secretos, a contar cosas que me han confiado, a interesarme en los demás como un amigo cuando en el fondo los estoy entrevistando como un vulgar reportero. Pero nunca he sabido dónde termina la amistad y empieza el reportaje” (Vásquez, Los informantes, 2009).

Las conversaciones con Sara, desde aquella revelación, fueron sucedáneas cajas de Pandora. Ella tenía documentos archivados en montones y montones de carpetas. El periodista se deleitaba con los archivos que, como ya lo dije líneas arriba, le daban carta abierta para escribir la historia. Ese permiso, invisible e impalpable, era sinónimo de poder: “Y pensaba que más tarde, en el momento adecuado, cuando ya la materia de su relato se hubiera terminado, cuando los apuntes se hubieran tomado y se hubieran visto los documentos y oído las opiniones, me sentaría frente al dossier del caso, de mi caso, e impondría el orden: ¿no era éste el único privilegio del cronista?” (Vásquez, Los informantes, 2009).

Voy a recordar la frase de Vásquez con la que inicié este ensayo: “(...) la manipulación de la verdad histórica por parte del novelista conduce a la revelación de verdades más densas o más ricas que las unívocas y monolíticas verdades de la historia”. En este punto de la novela, este periodista, que es un periodista de ficción, se atribuye el permiso de ordenar, a su gusto y amaño, el orden de la historia. Este es quizás uno de los enlaces que tienen periodistas e historiadores: la persecución incansable por conocer lo que pasó, para transmitir lo que a su juicio sucedió. Es decir, realizar una representación, a través de un escrito, una fotografía o un video, de aquello que ya ocurrió y que podría cambiar el curso del juego del presente. Este es, claro que sí, el segundo argumento a favor de la hipótesis acerca de la facultad del periodista en remover aspectos del pasado, a pesar de que su ámbito natural es el presente.

Por esta razón, es que los hechos pasados son un tema periodístico, dada su implicación en el presente. Dicha relación no es un óbice o intromisión en el quehacer de un historiador, sino un punto de apoyo o, en algunos casos, de partida. El periodista, es posible, se atreve a dar ese primer paso que al historiador le cuesta tanto trabajo decidir o que prefiere aguardar. Es el periodista el que se arroja sobre el acontecimiento e intenta elaborar una cronología sobre el asunto. Lo trata de abordar como mejor puede, muchas veces, valiéndose tan sólo de testimonios de los protagonistas, algo que, sin duda alguna,

provoca envidia en los historiadores tradicionales, incapaces de entrevistar a los héroes del pasado más que por cartas, documentos o fotografías, pero jamás de viva voz. El periodista los tiene ahí, a su lado, camina junto a ellos, los escucha, los graba y después, hay que decirlo, les ordena sus testimonios.

De ahí que el uso del testimonio constituya todo un reto para quienes emprendan la labor de construir narraciones del tiempo presente. El periodista e historiador Jean Lacouture, consciente de ello, anota que la fórmula de la historia inmediata no sólo es “abreviar los plazos entre la vida de las sociedades y su primera tentativa de interpretación, sino también conceder la palabra a quienes han sido actores de esta historia (...) Quiere (esa historia) elaborarse a partir de esos archivos vivientes que son los hombres” (Lacouture, 1988).

El uso del testimonio aparece como un eslabón importante en la construcción de la historia del tiempo presente. Sin embargo, hay que atender al historiador francés Marc Bloch, quien afirma que los testimonios son para dudar de ellos, para desconfiar, pues de un mismo acontecimiento pueden aparecer contradicciones y es en ese momento cuando se pone a prueba la agudeza del historiador o, para el caso de este ensayo, del periodista. “Los historiadores, como los jueces, se plantean dos cuestiones ante cada uno de sus testigos: ¿intenta ocultar la verdad? Y, si se esfuerza en reproducirla, ¿es capaz de conseguirlo?” (Bloch, 1999).

Si bien la seguridad del periodista está cimentada en el rigor de la investigación, el uso de la fuente testimonial resulta una verdadera arma de doble filo. Janet Malcom, colaboradora permanente de *The New Yorker*, representa con mayor frialdad esta situación: “El periodista es una especie de hombre de confianza, que explota la vanidad, la ignorancia o la soledad de las personas, que se gana la confianza de ésta para luego traicionarlas sin remordimiento alguno” (Malcom, 2004).

En el caso del reportaje *Una vida en el exilio*, el periodista Gabriel Santoro le otorga toda credibilidad a Sara Guterman, su principal testimonio. En una de las tantas conversaciones que sostuvieron, Sara quiso saber las razones que llevaron a Santoro para escribir acerca del exilio vivido por la familia Guterman. Él, arrinconado en una pregunta difícil, atinó a responder: “Quiero su aprobación, Sara. (...) Quiero que me mire con respeto. Es lo que más me ha importado en la vida” (Vásquez, Los informantes, 2009).

He aquí un tercer argumento para debatir acerca de si un periodista debe o no otorgarse el privilegio de narrar la historia del tiempo presente. La voz de Sara Guterman, alejándonos del reportaje y centrándonos en la teoría, pertenece a los “testimonios de los modestos”, según Lacouture. Se trata de voces que no tienen mayor relevancia para los historiadores, pues, “Nadie le agradecerá la verdad por él proferida” (Lacouture, 1988), contrario al “testimonio de los grandes”, que pertenecen a personalidades reconocidas y

que siempre están dispuestas a hablar, porque se han convertido en una especie de referentes para determinados temas y esto les da prestigio e influencia.

La cercanía de Santoro con Sara empezaba en la relación que sostenía su padre con la que se convertía en su principal fuente de información. No era de tipo amorosa, sino que constituía una amistad profunda, generosa, abierta. Tan fue así, que uno de los capítulos de *Una vida en el exilio* pudo llamarse “La hermana en la sombra”, gracias a que el papá de Santoro la describía como eso, “mi hermana en la sombra (...) sin ella no hubiera sobrevivido ni una semana en este mundo de locos” (Vásquez, Los informantes, 2009). Así que ella era alguien especial para Santoro hijo, alguien en quien buscar una aprobación final.

Pero no solamente es esto (aquello de la cercanía) lo que motiva al periodista a usar un testimonio de una persona simple y sin trascendencia histórica. Se trata, ante todo, de un protagonista de aquello que significaba una noticia para Santoro y que debía ser conocido. Eso es Sara, una sobreviviente de un drama histórico, y por eso su voz es importante y necesaria para el reportero. Debe ser, entonces, que por ello los periodistas se sienten más cercanos a Bloch cuando éste acude a un axioma latino para diferenciar los testimonios útiles de los no útiles: “non numeratur, sed ponderatur”; los testimonios, por tanto, se pesan pero no se cuentan” (Bloch, 1999).

Pese a que el testimonio de Sara Guterman no representa valor alguno para la historia oficial, en el reportaje *Una vida en el exilio* sí aparece como hilo conductor de la trama, junto a personalidades de relevancia nacional que aportan todo para los anales oficiales. Recién empieza el texto, se recrea una anécdota en la que Peter Guterman ofrece a su hija como intérprete entre un negociante suizo, que planea implantar laboratorios farmacéuticos en Colombia, y el presidente Eduardo Santos, “amigo reconocido de la colonia alemana”. Gracias a este encuentro, Sara aprovecha la oportunidad para manifestarle al Mandatario que su familia está cansada de vivir errante, de un lugar a otro. Santos le propone que monten un hotel y hasta le ofrece encargarse de los permisos de trabajo obligatorios para los extranjeros en aquel entonces. Un año más tarde, abrió sus puertas el Hotel Pensión Nueva Europa, que tendrá una incidencia directa en la narración de la historia.

El hotel era el punto de encuentro para políticos, empresarios, industriales, ganaderos y periodistas, pero sobre todo, gente venida del extranjero. Tenía una particularidad: “De manera que éste (Colombia) resultó ser, ni más ni menos, un país de escapados. Y todo ese país perseguido había acabado por meterse en el Hotel Pensión Nueva Europa, como si se tratara de una verdadera Cámara de Representantes del mundo desplazado” (Vásquez, Los informantes, 2009). Pero esto duró sólo algunos años. Después, cuando empezaron a circular las listas negras, emitidas por parte del gobierno de Estados Unidos, hoteles como el que dirigía Peter Guterman se convirtieron en encierros de lujo para los “ciudadanos del Eje”. También fueron el escenario donde ocurrían disputas familiares,

señalamientos y acusaciones contra los alemanes. En un fragmento del reportaje se puede leer: “era muy difícil ser alemán en esa época”, después de la guerra.

A este testimonio cargado de datos relevantes y trascendentales para la historia tuvo acceso Gabriel Santoro, en su afán como periodista en búsqueda de la verdad de una comunidad, la alemana. Pero hasta ese momento, él no tenía la dimensión de lo que realmente poseía. La separación entre los acontecimientos del presente y su relación con la historia de larga duración, como sugiere el historiador francés Jaques Le Goff, es lo que impide a los profesionales de las ciencias sociales dar explicaciones profundas sobre lo que está ocurriendo. Sin embargo, esta misma limitante se convierte en un campo no explorado, que sostiene la necesidad social de la historia del tiempo presente: “Leer el presente, el hecho, con profundidad histórica suficiente y pertinente a fin de poder integrarla en la larga duración; guardar un afinado espíritu crítico con relación a las fuentes; esforzarse por explicar, y no contentarse con describir o contar, y, por último, jerarquizar los acontecimientos, es decir, distinguir la peripecia del hecho significativo e importante (Sauvage, 1998).

Demóstenes, el gran orador griego y que es citado como epígrafe por Juan Gabriel Vásquez en *Los informantes*, también nos puede brindar una luz para continuar con este debate. En su defensa a Ctesifonte increpa a Esquines, el acusador, y le cuestiona su naturaleza superficial para relacionar los hechos en contra de su defendido: “Pero realmente los hechos pasados siempre son dejados de lado por todos y nadie nunca acerca de ellos propone una deliberación alguna; en cambio, el futuro o el presente reclaman al consejero en su puesto”. (Demóstenes, 1995)

El distanciamiento entre lo periodístico, quiero decir, lo actual, contemporáneo e inmediato, y lo histórico, a saber, lo pasado y olvidado, provocan críticas en buena parte de los teóricos de la historia. También es motivo de reflexión de los catedráticos del periodismo. Siempre, estos y aquellos, buscan que lo narrado tenga un marco contextual y pretenden que no se deje ningún aspecto por fuera. Toda una ilusión, que tiene al tiempo como factor determinante para alcanzar un relato histórico decente o un texto periodístico profundo.

Pero sucede a veces que el periodista pasa de largo por hechos trascendentales. Con frecuencia —y quizá sea ello lo que irrita a algunos puritanos de la historia y, en general, de las ciencias sociales—, los reporteros dejan al borde del artículo el dato que podría servir como explicación (contexto) del evento presente. Omiten una fuente, no digo por censura, sino por descuido o ignorancia, que resulta clave en el desarrollo de los hechos.

Precisamente, eso fue, sin duda, lo que el padre del periodista Gabriel Santoro advirtió cuando decidió publicar aquella devastadora reseña, cuya única intención era impedir una lectura crítica del reportaje *Una vida en el exilio*. El profesor Santoro ya había advertido acerca de su aversión por lo contemporáneo, por el presente. Delante de un grupo de asistentes a su habitual seminario, dijo con ironía: “El librito es muy original y muy bueno.

Pero la parte que es buena no es original, y la parte que es original no es buena". También, el catedrático Santoro se burló de la publicación de unas fotografías en las páginas sociales de una reconocida revista, en las que se elogiaba al periodista Santoro por su reportaje, pero no se agregaba ni una sola línea sobre la virtud del escrito.

Entonces, el reportero Santoro decidió escudriñar qué fue lo que le faltó a la historia, qué era lo tan importante que había pasado por alto. No pudo deducirlo, porque su cercanía con su única fuente le había nublado sus ojos para ver más allá de lo evidente. Después de mucho elucubrar sobre el asunto, llegó a la pista que le permitió darse cuenta de su error y, por eso, decidió publicar una novela, que arrojara al reportaje. La pieza que no había sido puesta en su trabajo periodístico era su propio padre.

El testimonio de Sara lo había sugerido todo el tiempo, pero el periodista Santoro no lo advirtió: quién, sino el profesor Gabriel Santoro, habría de enseñarle modismos del lenguaje a Sara Guterman y al mismo Peter Guterman para defenderse ante los ataques verbales de los que eran objeto. Debía ser él, tenía que ser él, quien diseñaba verdaderas estrategias lingüísticas para perpetrar una embestida elegante, sutil y respetuosa para sus amigos extranjeros. El docente Santoro había sido pieza del engranaje en aquella "dictadura de la debilidad", como solía llamar aquellos años aciagos en los que los débiles, que son mayoría, tuvieron el poder en sus manos gracias a las listas negras. En un discurso ante sus seminaristas, afirmó que esa época algunos sintieron que estaban del otro lado, en la orilla en la que jamás pensaron o imaginaron estar: "La dictadura del resentimiento, o, por lo menos, del resentimiento según Nietzsche: el odio de los naturalmente débiles contra los naturalmente fuertes" (Vásquez, Los informantes, 2009).

Y esa amistad con inmigrantes alemanes, polacos y austríacos le significó al profesor Santoro la inclusión en las listas negras. Pero él no se sentía protagonista de la historia, no se percataba de su relevancia histórica y, por ello, le dolía que su hijo ahora estuviera haciendo alarde de un reportaje que pretendía sacar a la luz acontecimientos vividos por otros, sufridos y padecidos por otros, pero que ahora estaba en voz del grandilocuente periodista, que jamás vivió algo ni siquiera cercano a aquella cruel realidad. En aquel mismo discurso, dijo en voz alta:

"No he venido a ejercer la queja barata, ni a erigirme en víctima de la historia, ni a hacer un inventario de los modos que la vida tiene en Colombia para arruinar a la gente (...) Llevo ya varios años enseñando a hablar a la gente (...) Yo no puedo evitar que otros hablen si lo creen útil o necesario. Por eso no hablaré contra los parásitos, esas criaturas que aprovechan para sus propios fines la experiencia de quienes hemos preferido no hablar. No hablaré de esos escritores de segunda, muchos de los cuales ni siquiera habían nacido cuando terminó la guerra, que ahora andan por ahí hablando de la guerra, de la gente que sufrió durante la guerra. Ignoran el valor de quienes no han querido hablar (...) Hoy he venido a guardar silencio y a proteger el silencio que otros han guardado. No hablaré..." (Vásquez, Los informantes, 2009).

Cuando escuchó estas palabras, el periodista Santoro reaccionó con dolor. Salió del recinto y se refugió en cualquier parte. Después, quiso encontrar a su padre para que le aclarara por qué, siendo él protagonista de la historia que ya había publicado, no le había servido como fuente. Pero cuando estuvo frente a su padre, cara a cara, éste atinó a decir: “La memoria no es pública, Gabriel. Eso es lo que ni tú ni Sara han entendido. Ustedes han hecho públicas cosas que muchos queríamos olvidar. Ustedes han recordado cosas que a muchos nos costó mucho tiempo perder de vista. La gente está hablando de las listas, otra vez se habla de la cobardía de ciertos delatores, de la angustia de los injustamente delatados...” (Vásquez, *Los informantes*, 2009).

El periodista contra el olvido

En la representación de periodista que hace Juan Gabriel Vásquez, en la novela *Los informantes*, se puede percibir a un hombre que lucha contra el olvido. Sin embargo, pareciera que se trata de una pelea desigual: los argumentos de Gabriel Santoro no logran hacer mella a la tenaz avanzada montada por su propio padre. Pareciera, de igual forma, que el reportero quiere lanzar la toalla ante la arremetida violenta y fulminante de su progenitor.

Pese a ello y cuando el lector está a punto de decretar el *knock out* se revela ante sus ojos algo que aún no había sido ni siquiera insinuado. Mientras Santoro, el periodista, repasaba el testimonio de Sara, grabado en cintas magnetofónicas, encuentra un dato que había pasado por alto. Su principal fuente para la reconstrucción histórica del hecho, protagonista del mismo, le presenta a Santoro una carta que contiene el nombre de Enrique Deresser.

Aquí se activa, una vez más, el afán desmedido de este periodista de ficción por encontrar la verdad, una condición irremplazable para convertirse en narrador de la historia del tiempo presente. Pero, ¿cuál verdad tendría que buscar Santoro? Sus limitaciones empiezan por reconocer que carece de información, aunque en sus oídos continúa replicando el apellido Deresser. Es decir, en medio de tanta nubosidad, existe un indicio que debe seguir.

El gran periodista estadounidense Gay Talese enseña, en su relato autobiográfico titulado *Vida de un escritor* (Talese, 2009), tres condiciones para lograr cerrar una historia: superar las dificultades para hallar información, sacrificar algunas horas de sueño y obsesionarse con el hallazgo del dato clave o del testimonio del protagonista de la historia. Esas mismas tres condiciones las empieza a cumplir Gabriel Santoro cuando descubre que su padre había participado de manera activa como informante de los organismos de control. Ese dato, que luego descubrimos es motivo de vergüenza de aquel prestigioso abogado y la razón principal para que haya escrito la reseña crítica en

contra del reportaje *Una vida en el exilio*, se convierte en una verdadera obsesión para este periodista.

En aquella búsqueda sin descanso, Santoro observa en un programa de televisión el testimonio que Angelina Franco, ex amante del abogado Santoro y quien sin ningún sentido de la valía de la información entrega a un periodista toda el recuento que, por supuesto, deja muy mal parado ante la historia a aquel prohombre de la patria.

De inmediato, Santoro inicia la pesquisa para hallar a Angelina. Necesita hablar con ella, que sea ella misma quien le cuente lo que él ya escuchó por televisión. Santoro actúa de manera obsesiva, porque de la historia sólo posee fragmentos, descripciones y una carta, que si bien le bastarán para escribir su reportaje, no le aliviarán su dolor al momento de leer la reseña crítica de su padre.

Angelina se convertirá, de esta manera, en el eslabón que unirá el trabajo de investigación del periodista con el hilo conductor de su relato. Así actúan los periodistas, no sólo deben ser fieles al rigor informativo, sino buscar sin claudicar la calidad narrativa. No es una opción, sino una obligación. En una conferencia durante la celebración de los primeros diez años de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, en el año de 2004, el maestro Tomás Eloy Martínez destacó la importancia de estas dos condiciones, al ser indagado acerca del cómo deberían ser los cubrimientos periodísticos de tragedias o desastres naturales. Los periodistas, dijo Martínez, por suerte y cada vez más, están encontrando aquellas historias de vida que humanizan los datos y las cifras. Esto, sin duda, es un alivio para quienes leen periódicos, que es donde suelen publicarse los relatos más estremecedores acerca de este tipo de fenómenos. Se trata, también, de una estrategia para vulnerar esa “historia sin los hombres”, como denominó Emmanuel Leroy-Ladurie a la forma tradicional de hacer la historia, aquella hecha de manera “serial, cuantitativa, para la cual únicamente son significativos el número y el anonimato”. (Ricoeur, 2004)

Santoro tenía la investigación, pero le hacía falta la historia de vida. Y después, tiempo después, vino a descubrir que esa historia era la de Enrique Deresser, a quien el abogado Santoro supo traicionar.

Les ruego, aquí mismo, que me permitan un pequeño paréntesis. Las palabras en la historia suelen tener una carga mayor que las escritas en cualquier otro ámbito. Marc Bloch, célebre fundador de la prestigiosa revista francesa de historia *Annales*, leyó el 13 de julio de 1914 un discurso a los estudiantes del Liceo de Amiens, cuyo inicio se transcribe a continuación y que sirve para dimensionar el tamaño de la desazón que pudo haber tenido Santoro para demorar un año la publicación de su reportaje. Dijo Bloch:

“Queridos amigos,

Como ustedes saben, soy profesor de historia. Me dedico a enseñar el pasado. Les narro batallas a las que no he asistido, les describo monumentos desaparecidos mucho antes de mi nacimiento o les hablo de hombres a los que nunca he visto. Y mi caso es el de todos los historiadores. Nosotros no poseemos un conocimiento inmediato y personal sobre los acontecimientos de antaño comparable, por ejemplo, al que tiene su profesor de física con relación a la electricidad. Sólo los conocemos gracias a los relatos de los hombres que fueron testigos de su realización. Cuando faltan estas narraciones, nuestro desconocimiento es total e irremediable”. (Bloch, 1999)

El periodista, al igual que el historiador, publica con el único ánimo de que se conozca un dato, un personaje, una situación, una escena, una historia que hasta ese momento era desconocida. Esa es su misión, la de meterse en las entrañas para parir una nueva vida, aunque ésta implique revolver pasados que algunos pretendan hacer olvidar.

Precisamente, aquellas personas que mueven cielo y tierra o, como en el caso de la novela *Los informantes*, publican reseñas desacreditando un trabajo periodístico, miden de manera negativa la repercusión social que tienen los productos periodísticos sobre el gran público y que, dado el vértigo propio de las noticias, el periodista parece no dimensionar. En este sentido, la frase “lo ético comienza cuando aparece el otro” (Restrepo, 2004) cobra una relevancia significativa en la estructuración de los relatos de la historia del tiempo presente, pues la aparición de fuentes diferentes a las oficiales es el valor agregado más importante y que diferencia este género al de la historia tradicional.

El periodista Ryszard Kapuscinski ya había tocado el tema del otro en su libro *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*, cuando niega la definición de que lo periodístico es un producto y lo pone en términos sociales: “Tenemos que entender que se trata de una obra colectiva en la que participan las personas de quienes obtuvimos las informaciones y opiniones con las que realizamos nuestro trabajo”, afirma el reportero y agrega: “La condición fundamental de este oficio es el entendimiento con el otro: hacemos, y somos, aquello que los otros nos permiten”. (Kapuscinski, 2003)

Kapuscinski plantea uno de los problemas que más inquieta a los periodistas al momento de valorar las fuentes informativas, al preguntarse qué pasa cuando el otro tiene una visión sesgada de los acontecimientos o intenta manipular con su opinión. Al respecto, el fallecido periodista responde con una incógnita: “Para prevenir esto no existe receta alguna, porque todo depende de las situaciones, que es como decir de un montón de cosas. La única medida que se puede tomar, si tenemos el tiempo, consiste en juntar la mayor cantidad de opiniones, para que podamos equilibrar y hacer una selección”. (Kapuscinski, 2003)

Esa encrucijada podría servir como argumento para los historiadores tradicionales a la hora de criticar la solidez de los relatos de la historia del tiempo presente, más si se atiende la frase de Kapuscinski acerca de la trascendencia del oficio: “Con nuestras

palabras, con lo que escribimos sobre ellos, podemos destruirles la vida (...) Desde este punto de vista nuestro criterio ético debe basarse en el respeto a la integridad y la imagen del otro”. (Kapuscinski, 2003)

Pero en el caso de la novela *Los informantes*, o mejor será decir, del reportaje *Una vida en el exilio*, no hay asomo de estar destruyendo la vida de nadie. No hay una manipulación de la historia, sino un afán del abogado Santoro por pretender ocultar esa parte de la historia en la que él es un traidor. En una declaración de Angelina, la ex amante se refiere de esta manera a esa intención de su antiguo amor: “Sí, había pasado mucho tiempo desde los sucesos de la guerra, desde el asunto de las listas negras y los grupos de informantes o los informantes espontáneos; pero el tiempo no lo cura todo, eso era pura mentira” (Vásquez, *Los informantes*, 2009).

Este testimonio de Angelina establece un nuevo punto de análisis para el presente ensayo. El olvido entra de una manera sutil en sus palabras, pues se tiene la creencia popular de que el tiempo es la cura infalible para cualquier dolencia, pena o pérdida. Y, claro, ese remedio cotidiano no tendría razón de ser si bajo sus dominios no trae al olvido.

Al momento de hilar la memoria pareciera que ello implica un esfuerzo que debe ser valorado, mientras que el olvido simplemente aparece. Al respecto, el filósofo Andreas Huyssen manifiesta: “A pesar de que algunos argumenten que nuestra cultura está demasiado centrada en el pasado, el olvido permanece bajo una sombra de desconfianza y se ve como un fracaso evitable o como una regresión indeseable” (Huyssen, 2004).

La propuesta de Huyssen consiste en apostar para que el olvido sea la otra cara de la moneda de la memoria: “(...) reconocer que el olvido, en su amalgama con la memoria, es crucial para ambos: conflicto y solución en las narrativas que componen nuestra vida pública e íntima. El olvido no solamente hace ‘vivable’ la vida sino que es la base para los milagros y epifanías de la memoria”. (Huyssen, 2004)

El olvido, de acuerdo con Huyssen, no es el resultado de una simple idea por borrar lo hecho. No. El olvido demanda un proceso de comprensión, precisión y complejidad del hecho histórico. Un modelo nada agradable, para regresar a la trama de la novela *Los informantes*, para el abogado Santoro, quien pretendió escindir el reportaje con la historia, su historia, para ser más exactos.

Esta idea del olvido como elemento particular opositor de la memoria, y no como una “disfunción” o una “distorsión”, se acomoda a la planteada por Paul Ricoeur, quien sostiene que existe un tipo de olvido, “el ordinario”, que actúa de forma silenciosa ante los órganos del cuerpo, pero que de todas formas termina por borrar las huellas de quien lo padece. Lo de las huellas es simple. Lo explico. Apoyándose en la metáfora de la impronta en la cera, distingue tres tipos de huellas: la primera, una huella escrita, que por la operación de la historiografía pasa a ser una huella documental; la segunda, una huella psíquica, que hace alusión a las impresiones que un determinado acontecimiento dejó en

una persona, y la tercera, una huella cerebral, cortical, que la trata la neurociencia (Ricoeur, 2004).

Sobre la primera huella podríamos decir que ésta la crea el trabajo periodístico *Una vida en el exilio*. Ahí está, perenne, el testimonio de Sara Guterman para fastidiar al padre del autor, quien por ningún motivo está de acuerdo con la publicación del material. Pero, y aquí viene el enlace con la segunda huella, la de la impresión de un acontecimiento, ante la imposibilidad de impedir el tiraje del reportaje, el abogado Gabriel Santoro debe acudir a otra estrategia, esta es, la de censurar la lectura del documento periodístico. Dado que la editorial que se encarga de publicar el reportaje no le consultó sobre la pertinencia o no de apostar por dicho trabajo, el jurista, embebido en su pena y en su dolor por haber participado en la historia, no desde la orilla de los vencedores o de los héroes, sino desde el banco de los informantes o delatores, lo que lo convierte en un paria, en un otro, ese abogado decide desprestigiar el reportaje con una reseña crítica y un par de discursos ante sus estudiantes.

Pero hay que entender al letrado Santoro, porque el olvido también es una forma de sobrevivir, de persistir, de permanecer, de durar y de conservar. El olvido es un desencuentro para buscar la linealidad de la historia, sin rupturas molestas, llámese pérdidas, reparaciones desagradables o situaciones incómodas. Ricoeur dice que “la experiencia *princeps* es (...) la del reconocimiento, ese pequeño milagro de la memoria feliz” (Ricoeur, 2004). Aparecer, desaparecer, reaparecer. Como ocurre en Edipo, cuando éste reconoce en su propia persona al maléfico iniciador de los males de la ciudad.

Esta ecuación calza con precisión en *Los informantes*, la novela de Juan Gabriel Vásquez. El horror de la guerra se traslada a un apartado punto geográfico del sitio neurálgico del combate. Aparece, entonces, en forma de desprecio, de arrinconamiento y persecución. No son los perseguidores a quienes persiguen, sino a personas condenadas por compartir una raza, mas no una ideología. Ese *mutis por el foro* de aquellos ciudadanos de Alemania, Polonia, Austria los desaparece de su territorio y, al otro lado del Atlántico, los silencia. Con estoicismo soportan el trato denigrante. No se revelan. Se confinan en un hotel, administrado por el padre de Sara, y allí cumplen con sus condenas simbólicas. Luego, cincuenta años más tarde, reaparece aquel dolor, pero esta vez llega en forma historiográfica, para ser más exactos, en formato periodístico.

Esto es lo que le duele al abogado Santoro. La historia no puede repetirse, menos si lo podemos evitar, piensa el jurista. Pero no es éste el mismo pensamiento de su hijo, el periodista Santoro. Sin la huella psíquica del dolor de la guerra impresa en su memoria, el reportero se lanza en búsqueda de la historia, que revelará cómo fueron aquellos días, cómo se vivió aquella historia olvidada. Pero la nostalgia es riesgosa, afirma el filósofo Manuel Cruz. El sentimiento nostálgico hace actuar al abogado Santoro y, por eso, escribe y dice en contra de su propio hijo.

La represión, como dice Michel Foucault, produce discursos. Y el discurso periodístico suele aparecer en medio de represiones de actores que persiguen el silencio, anhelando un olvido, pero que termina siendo un impulso emocionante para el reportero avezado, inquieto, obsesionado. La represión que quiso imponer el abogado Santoro sirvió de aliciente para que el periodista Santoro quisiera poner en orden lo que aquel había dejado inconcluso. El perdón, como un primer paso para alcanzar el olvido, sería necesario para que Gabriel Santoro cerrara el capítulo de su reportaje, de su libro, de su vida. No era su deuda, pero al ser narrador de lo que su padre quiso olvidar pasó a ser actor importante de la historia.

La forma de censura, ejercida por parte del abogado Santoro no es la misma de alguien poderoso que inicia una cruzada para callar, desaparecer u obligar al otro a decir lo que él quiera que diga. No. En este caso, es la censura del intelectual. Refiriéndose a los intelectuales laicos y racionales, Coetzee señala la dura batalla que deben enfrentar cuando son ofendidos o censurados.

“Estos intelectuales también suelen tener explicaciones bien elaboradas («teorías») sobre las emociones (...) y las aplican introspectivamente, tanto como les es posible, a sus propias emociones. Cuando sí se ofenden, tratan de hacerlo de acuerdo a un programa: establecen (...) sus propios umbrales de respuesta, y se permiten (...) responder a los estímulos solo cuando se superan dichos umbrales. La creencia del juego limpio (...), que constituye uno de los valores más profundamente arraigados, también alienta su compasión hacia los desvalidos, los subordinados, y los disuade de burlarse de los perdedores” (Coetzee, 2007)

El abogado Santoro aplica, en primera instancia, una respuesta intelectual. Su práctica, bajo ninguna lupa, permitiría reconocer un modelo de censura. Pero el reportaje no lo descubre ni lo deja sin ropajes, indefenso, ante su propia historia, como sí lo logra la novela *Los informantes*, que tiene publicación en 1994. Hasta la salida del reportaje, el periodista Santoro no entiende por qué el primer Santoro reacciona con tal inquina sobre el documento periodístico. Aún no sabe cómo es verdaderamente su padre y qué es lo que intenta ocultar.

Siete años transcurren y el Instituto Goethe, de Bogotá, le encarga a su agregado cultural organizar la celebración de los 50 años del fin de la guerra. Los preparativos, de acuerdo con la voluntad de Sara —fallecida a causa de una aneurisma cerebral, meses antes de la publicación de la novela *Los informantes*, en 1994—, consistían en dictar una serie de charlas itinerantes acerca del reportaje *Una vida en el exilio*, pero no sólo de la investigación periodística, sino de lo que se decidió callar y no fue publicado en el libro.

La colonia alemana en Colombia estaba dividida sobre si celebrar o no el fin de la guerra, al fin y al cabo, tal como ya lo había dicho Santoro padre era algo que “alemanes y colombianos habían preferido (consciente, voluntariamente) olvidar con el paso de los

años” (Vásquez, Los informantes, 2009). De todos modos, las celebraciones se llevaron a cabo y, en la conferencia organizada en la Librería Central, de propiedad del matrimonio judío conformado por Hans y Lili Ungar, alguien cree que aún no todo está dicho. Por ello, Enrique Deresser pide ver al abogado Gabriel Santoro.

Y así es. Santoro viaja a Medellín para buscar a Deresser, pero en su recorrido sufre un accidente y muere. El trágico fallecimiento del letrado apacigua los convulsionados sentimientos y apacigua la búsqueda del reportero por encontrar las razones del enojo de su padre.

Es la segunda pérdida que sufre el periodista Santoro, en relación con la historia que pretende rearmar. Lo mejor, entonces, es dejar que la historia busque reacomodarse sola. El reportero espera siete años para visitar a los Ungar y es entonces cuando le es revelada la verdad. Esta vez se trataba de una carta de Enrique Deresser, quien había leído *Los informantes*, y quería que el periodista lo visitara en Medellín.

No se puede negar que este periodista de ficción, que primero escribe un reportaje (*Una vida en el exilio*) y que después cae en la tentación de la ficción y redacta una novela en la que explica cuál fue la verdadera historia de los implicados en las listas negras (*Los informantes*), después de la Segunda Guerra Mundial, sentía temor de lo que fuese pasar cuando estuviera frente a Deresser. De todos modos, volvería a estar frente a un protagonista de la historia narrada, mientras que el periodista era tan sólo un redactor de testimonios.

Cuando estuvo frente a Deresser, uno de los hijos de éste también los acompañó. Estaba indignado y profería preguntas incisivas acerca de por qué diablos Gabriel Santoro había publicado el reportaje y la novela. Pero también lo increpó sobre la actuación del abogado Gabriel Santoro, a quien llamó “viejo mierdero, viejo traidor” (Vásquez, Los informantes, 2009) y, después, le recordó el día aciago en que el padre Santoro ridiculizó a su propio hijo, en pleno auditorio universitario. De acuerdo con este muchacho, de nombre Sergio, el periodista Santoro tenía, en ese mismo instante, la misma expresión facial de vergüenza, tal y como sucedió aquel lejano día.

Una vez hubo terminado su catarsis el muchacho, Enrique Deresser se sentó a hablar con Gabriel. Le contó la visita de su padre y de lo inverosímil que le resultó la noticia de la muerte del abogado, precisamente, el mismo día que se entrevistaron. Le explicó que el jurista quería “dejar todo ordenadito antes de morir”. Quizás, pensó el reportero, eso mismo era lo que él estaba haciendo: ordenar el orden que él mismo le había dado a la historia.

Pero ante él tiene un portentoso hombre viejo, cuya experiencia le otorga ojos de larga duración. “Cierto que la historia no es pura ni es virginal, es más, nuestra historia es de lo más promiscuo”, le dice, al tiempo que le enseña que la vida va primero y el libro, después. Y que cuando se lee lo narrado se ven cosas importantes, pero que ya es

demasiado tarde para arreglar algún desajuste: “(...) ésa es la vaina, Gabriel, perdóname la franqueza, pero ésa es la vaina con los hijueputas libros” (Vásquez, *Los informantes*, 2009).

Si para el reportaje *Una vida en el exilio* el dato principal surgió del testimonio de Sara y para *Los informantes*, cartas y otras fuentes, ahora Enrique Deresser le mostraba a Gabriel una carta que Sara le había comentado, pero que jamás le había enseñado. Ahora, en sus manos, Gabriel tenía la prueba reina. En la misiva, una ciudadana de Cali, Margarita Lloreda de Deresser, le pide a un grupo de honorables senadores su ayuda para sacar de la lista negra a su esposo, Konrad Deresser, padre de Enrique.

Pero no sólo era esa carta. Enrique Deresser, como él mismo lo señala, se convirtió en un obsesivo con el tema documental, al punto de tener bajo su protección un montón de cartas en las que se prueba “el abandono total” que sufrieron aquellos alemanes, polacos y austriacos cuando fueron separados de sus familias. Relataban sus días, sus pesares, su pérdida de identidad, de la censura a escribir en su idioma, de la violación de sus costumbres.

Toda esta revelación le permitió al periodista Gabriel Santoro aprender que aquella premura al publicar el reportaje y su noble intención de rectificar la versión, al publicar la novela, lo perseguiría en lo que le restaba de vida y hasta en su propia muerte.

Retomo las palabras con las que inicié este ensayo, acerca de la posibilidad que brindan los novelistas cuando tergiversan, o como el mismo Juan Gabriel Vásquez prefiere denominar esta acción intelectual, distorsionan la historia, para ampliar el significado de aquello que se conoce como verdad histórica. Cuando el periodista Gabriel Santoro publicó su reportaje *Una vida en el exilio* y recibió la crítica implacable de su padre, recordé el último párrafo del discurso proferido por el nobel Gabriel García Márquez, durante la versión 52 de la Asamblea Interamericana de Prensa, el 7 de octubre de 1996, y que tituló *El oficio más bello del mundo*: “Nadie que no haya nacido para eso y esté dispuesto a vivir sólo para eso podría persistir en un oficio tan incomprensible y voraz, cuya obra se acaba después de cada noticia, como si fuera para siempre, pero que no concede un instante de paz mientras no vuelve a empezar con más ardor que nunca en el minuto siguiente”. (García Márquez, 1996).

Bibliografía

Bloch, M. (1999). Crítica histórica y crítica del testimonio. En E. Bloch (Ed.), *Historia e historiadores*. Madrid: Akal.

Coetzee, J. M. (2007). *Contra la censura. Ensayos sobre la pasión por silenciar*. Bogotá: Random House Mondadori.

- Demóstenes. (1995). Sobre la corona. En defensa de Ctesifonte. En Demóstenes, & A. A. Gorri (Ed.), *Discursos políticos* (págs. 127-279). Bogotá: Planeta.
- García Márquez, G. (7 de Octubre de 1996). El mejor oficio del mundo. *52 Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa*. Los Ángeles: Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- Garton Ash, T. (2000). *Historia del tiempo presente*. Barcelona: Tusquest.
- Huyssen, A. (2004). Resistencia a la memoria: los usos y abusos del olvido público. *Foro Memoria en Construcción*. Porto Alegre: La Marca.
- Kapuscinski, R. (2003). *Los cinco sentidos del periodista (estar, ver, oír, compartir, pensar)*. México D.F.: Fondo de Cultura Económico.
- Lacouture, J. (1988). La historia inmediata. En J. Le Goff, R. Chartier, & J. Revel (Edits.), *La nueva historia*. Bilbao: Mensajero.
- Malcom, J. (2004). *El periodista y el asesino*. (A. Báez, Trad.) Barcelona: Gedisa.
- Restrepo, J. D. (2004). *El zumbido y el moscardón. Taller y consultorio de ética periodística*. México D.F.: Fondo de Cultura Económico.
- Ricoeur, P. (2004). *La mémoire, l'histoire, l'oubli (La memoria, la historia, el olvido)*. (A. Neira, Trad.) Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Talese, G. (2009). *Vida de un escritor*. (P. Torres Londoño, Trad.) México D. F.: Alfaguara.
- Vásquez, J. G. (2009). El arte de la distorsión. En J. G. Vásquez, *El arte de la distorsión* (págs. 29-43). Bogotá: Alfaguara.
- Vásquez, J. G. (2009). *Los informantes*. Bogotá: Punto de Lectura.

Primer borrador: marzo 5 de 2012
Segundo borrador: mayo 14 de 2012
Tercer borrador: mayo 29 de 2012